

**Dos amigos
escritores de
Granada:
García Montero y
Ayala**

**Dos amigos escritores
de Granada:
García Montero y Ayala**

Por
Carolyn Richmond

El texto de este cuaderno se escribió para el homenaje a Luis García Montero
de *EntreRíos. Revista de Artes y Letras* (nº 17-18, Granada, 2012).

Preludio

¿Es posible profundizar en una amistad ajena? ¿Cómo consigue una, por muy *amiga* que sea de los amigos en cuestión, penetrar en una relación tan íntima, tan personal? Cuanto más lo pienso, más misterioso me resulta a mí lo que se conoce como *amistad*...

Las siguientes notas —en cuya composición se percibirá algún que otro eco jiennense— reflejan, en lo posible, mi propia versión de unos tiempos pasados cuya resonancia se va desvaneciendo, ya, a gran velocidad.

Dicho eso, ahí va, querido Luis, esta lejana canción mía, en tres estrofas y un colofón, de *Dos amigos escritores / de Granada*.

Primera estrofa:

Una conferencia, dos conferenciantes y la concurrencia

*Tres autores coincidieron
en Granada,
Don Emilio, Luis y Ayala.*

El 2 de febrero de 1977, a las ocho de la tarde, confluyeron en el auditorio del Banco de Granada tres vidas dedicadas, cada una a su manera, a la literatura: la del eminente crítico y catedrático, Emilio Orozco Díaz; la del joven estudiante universitario y poeta en ciernes, Luis García Montero; y la del insigne ensayista y narrador, Francisco Ayala, quien había vivido en el exilio entre 1939 y 1961. Sentada en primera fila, al lado de la puerta de entrada, yo fui testigo —como desde sendas butacas lo serían Luis, su padre y otros granadinos que todavía se acuerdan de aquel acto— de lo allí acaecido, grabado hasta el día de hoy en la memoria colectiva de la ciudad. Se trataba de una conferencia pública de Ayala, patrocinada por la

Fundación Rodríguez Acosta, con ocasión de su vuelta, por vez primera tras la muerte de Franco, a su ciudad natal. Titulada “Regreso y recapitulación de un escritor granadino”, había sido programada para el viernes 28 de enero, mas en señal de luto por la matanza de Atocha en Madrid, tres días antes, la conferencia se había aplazado hasta el miércoles 2 de febrero. La sala rebosaba: había gente de pie, representantes de todos los medios y un ambiente de fuerte expectación. Poco después de las ocho subieron al estrado las autoridades, el conferenciante y su presentador.

De acuerdo con el protocolo, fue el profesor Orozco el penúltimo en tomar la palabra; mas una vez tomada —nos dimos cuenta pronto todos—, por nada del mundo la iba a soltar... El insigne especialista en el arte barroco había leído con gran entusiasmo la primera edición (1971) de *El jardín de las delicias*, libro acerca del que disertara ya en los cursos de verano de la Universidad de Málaga del año 1972, y sobre el que estaba elaborando una extensa *Introducción* que sería publicada luego, en 1985, por el Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada y que se reeditó el año pasado (2010), con prólogo de Carmen Blanes Valdeglesias, en los Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala. Recuerdo —¿cómo no lo iba a recordar si lo recuerdan todavía todos los que al acto asistieron?— su creciente

entusiasmo y su brillantez; las metáforas con que deslumbraba a un público medio hipnotizado ya; las repetidas alusiones a los ríos, acequias y manantiales de Granada... A los tres cuartos de hora de su intervención, un joven de pie al lado mío, que sostenía aún, sobre el hombro izquierdo, una enorme y pesada cámara de vídeo, me preguntó, perplejo: “Pero, ¿quién es el conferenciante aquí?”...

Titulada “Regreso a Granada”, la *conferencia* propiamente dicha —la de Francisco Ayala— es un importante escrito donde se combinan, con inteligencia y finura, el autoanálisis y la rememoración: un texto redactado cuando, recién cumplidos los setenta años, de vuelta ya definitivamente a España y, de manera temporal, a su ciudad natal, había emprendido su autor una vida nueva en la que participaría plenamente quien estas líneas firma, que en este momento tiene —es curioso, ¿no?— casi la misma edad que Ayala cuando emprendió aquel viaje de *regreso a Granada*. Cada vida parece estar compuesta de una serie de círculos, o ciclos, que a veces, al confluir con alguno ajeno, llegan a producir en los individuos afectados un efecto armonioso, casi mágico, de consecuencias aún por ver. De los tres autores en cuestión que coincidieron aquella tarde en Granada, ya han fallecido dos; vive todavía el tercero: el joven *concurrente* —pronto alumno de don Emilio y futuro amigo de Ayala— Luis García Montero.

Segunda estrofa:
Un paseo, dos poetas y un público

*Dos poetas confluyeron
en Granada,
García Montero y Ayala.*

¡Ah de la memoria!... ¿Nadie me responde? Cuando sobre lo vivido a lo largo de tres dilatados días acaba imponiéndose en el recuerdo un momento solo en que el tiempo se paró y, en una eternidad fugaz, la realidad se transformó, ¿puede una presumir aún de objetividad? De los *olvidos* dependen en gran parte los *recuerdos*: es esta la verdad que hay detrás del título del libro de memorias de Ayala. Voy a relatar aquí la metamorfosis temporal, una mañana de finales de otoño hace veinte años ya, de un escritor en modelo, de otro en espectador y de la compañera de este (yo) en inconsciente musa.

Favorecieron aquella *confluencia* de estrellas matutinas el marco, el buen tiempo, una soledad total y un silencio salpicado sólo por el canto de los pájaros y el discurrir del agua. Habíamos subido a primera hora a los jardines del Generalife los dos amigos escritores, yo, Antonio Carvajal y Francisco Fernández, fotógrafo granadino *par excellence*. Nunca me imaginé que *excelencia* tal se extendiera a mi persona, ni que unas furtivas lágrimas mías acabasen siendo captadas por él para la eternidad... Entre retrato y retrato —del gallardo joven, del anciano observador— me sorprendió a mí en el momento mismo de sentir, quizá por vez primera, en el cuerpo y en el alma, la hermosura en su perfección, instante evocado luego por Francisco en su “Lloraste en el Generalife”, donde, por cierto, quedaría inmortalizada, también, la fecha de nuestra subida del monte Carmelo: el 18 de noviembre de 1992.

Como recuerdo gráfico de aquel paseo por el paraíso conservo un retrato fotográfico del joven poeta y del viejo escritor posando, complacientes y con cara de simpatía mutua, delante de una tapia coronada por cipreses.

¡Ah de la memoria!... tan selectiva como suele resultar. De esa visita nuestra a Granada, con ocasión de un homenaje a mi marido, sólo me acuerdo ahora —y eso, bastante vagamente—

de una serie de actos en la Universidad, en el Palacio de los Condes de Gabia y en el salón de plenos del Ayuntamiento, y de una exposición en el Hospital Real —todo ello eclipsado con el tiempo—para mí— por aquella experiencia compartida que a su vez sería, para Luis García Montero y Ayala, un paso más hacia una mayor intimidad.

Tercera estrofa:

Un centenario, dos creadores y una creación

*Dos amigos en Madrid
y en Granada,
García Montero y Ayala.*

Nos propusieron un centenario *2por1*: una colaboración entre Andalucía y España, con recursos compartidos y un solo *capitán*. En todos los sentidos de la palabra, una auténtica *oportunidad*. Desde aquella inolvidable sesión fotográfica habían transcurrido quince años; veíamos con alguna frecuencia a Luis, que solía pasar tres o cuatro días de la semana en su casa de Madrid. El *apogeo institucional* (por falta de un término mejor) de nuestra cada vez más estrecha amistad—el centenario, en el año 2006, de Francisco Ayala—jamás se hubiera podido celebrar, comprendo ahora, sin la dirección de Luis: un Luis cuyas habilidades organizativas hasta aquel momento desconocía por completo yo. El comisario Luis. Conocíamos

al poeta, al crítico, al orador; sabíamos del activista, del hombre de familia, del hincha del Real Madrid... Pero en su cumplimiento de este nuevo papel, Luis se superó a sí mismo.

Empezó pronto a forjarse entre nosotros tres una relación de confianza. En lo que a Luis le atañe, no puedo opinar; respecto a mi marido, me atrevería a constatar que ese vínculo, cada vez más intenso, le enriqueció la vida en grado sumo. A unos noventa y nueve años bien llevados le acechaban ya los cien. Sencillo no sería, pues le aguardaba un año largo de conmemoración: publicaciones, jornadas, entrevistas, ceremonias, un congreso internacional... mucho de ello por duplicado (España y Andalucía). Además de asumir con envidiable eficacia una y otra comisaría—dos catálogos, incluso, para sendas exposiciones—, trabajando de forma estrecha con el Ministerio de Cultura por un lado, y por el otro, con la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Luis colaboró con eficacia e inteligencia con la SECC así como con un magnífico *equipo* granadino encabezado por el pintor y diseñador gráfico Juan Vida (autor, por cierto, del retrato del premio Cervantes Ayala en la Biblioteca Nacional) y por el poeta y secretario de la Fundación Francisco Ayala, Rafael Juárez. Y con todos esos cometidos, más sus obligaciones docentes, todavía encontraría tiempo Luis para redactar el libro *Francisco*

Ayala y el cine, publicado en conjunto con una edición facsimilar de *Indagación del cinema* (Madrid, Visor, 2006); “Metáforas con dedos fríos”, prólogo a la edición homenaje facsímil de *Cazador en el alba* (Sevilla, Renacimiento, 2006); “La aventura de pensar el mundo”, prólogo a la edición facsimilar, en seis tomos, de *Realidad. Revista de ideas*, dirigida por Ayala y publicada en Buenos Aires entre 1947 y 1949 (Sevilla, Renacimiento, 2007); diversas conferencias y ensayos; y “Francisco Ayala”, el extenso estudio preliminar del catálogo de la exposición *Francisco Ayala. El escritor en su siglo* (Hospital Real, Granada; Biblioteca Nacional, Madrid), editado como libro, con este último título, en 2009 por la Diputación de Granada (el nº 34 de la colección Los Libros de la Estrella). Y tiempo para colaborar con Miguel Ríos en el (todavía inacabado) proyecto, “La música de Francisco Ayala”, y con Javier Rioyo en el guión del documental *Francisco Ayala. La ilusión perseguida...*

Vuelvo a leer este último párrafo y me quedo sin aliento. Mi marido, a sus cien años, procuró siempre estar a la altura de lo que de él se esperaba, y salvo alguna que otra indisposición de la edad, pudo cumplir su parte del trato: el centenario terminó por ser una *creación* en conjunto de esos dos leales *creadores*.

Colofón:

Elogio del ágape y de la amistad

Célebre es la leyenda de *la cena de Ayala*, según la cual se le achacaba la costumbre de tomar, antes de acostarse, un whisky y una manzana, prescindiendo gran parte de las veces de esta última, mas nunca de aquél—gracia, por cierto, que alcanzaría su apogeo durante el centenario. La verdad es que le gustaba tomarse por la tarde un dedo de whisky de malta seguido, por lo general, de una sopa o un yogur; en lo que a la *fruta prohibida* se refiere, solía amonestar (con acento andaluz): “Si *gómez* la manzana, *pérez* serás”...

A Francisco Ayala le encantaba disfrutar de vez en cuando, con Luis, de un aperitivo *escocés*, o bien, si se presentaba la ocasión, comer con él y hablar de muchas cosas: del pasado, de personas, de repollos y de reyes... Y de literatura. Testigo de su mutuo afecto, comprensión y respeto, yo partí el pan con ellos en muchas ocasiones; mas a veces almorzaban solos ellos dos, como lo acabarían haciendo durante una breve ausencia mía de Madrid en el otoño de

2006. Conté la anécdota en público tres años después, el 2 de octubre de 2009 —apenas un mes antes de la muerte de mi marido—, con ocasión de la presentación, en la madrileña sede del Instituto Cervantes, del antes referido libro, *Francisco Ayala. El escritor en su siglo*. Al parecer le gustó a Luis; la incorporo a mi colaboración en este número de homenaje de la revista *EntreRíos*. Ahí va, pues, aquel escrito, seguido del texto que para aquella ocasión me había dictado Francisco para que lo leyese en público yo, texto que habla por sí solo y que estoy segura de que le hubiera gustado que se incorporara al final del presente testimonio a nuestro común amigo.

La anécdota:

Un día de finales de noviembre del 2006, estando yo en Nueva York y mi marido en su casa de Marqués de Cubas, había este invitado a comer a Luis, quien en tales circunstancias solía acudir con cierta frecuencia a hacerle compañía. Al enterarme, previne por teléfono a la mujer que nos ayudaba en casa para que tuviera cuidado de preparar algo especial ya que el señor había convalidado a almorzar al comisario. Según luego me contaron, el día en cuestión llegó a las dos en punto Luis, y pidieron una cerveza a la espera de la comida. Estaban sentados no lejos de la mesa, que estaba puesta ya. Pasó un cuarto de hora y otro / la comida no llegó... Poco después de las tres se presentó, algo indignada, la mujer a preguntar, no sin cierta impaciencia: “Pero, ¿cuándo va a llegar el comisario?”, a lo que se echaron a reír a carcajadas ambos, cayendo al mismo tiempo en la cuenta de que la mesa estaba puesta para tres. “El «comisario»—Luis le aclaró—, ¡¡¡soy yo!!!”, cosa que a ella le supondría un alivio, pues había estado algo preocupada por la idea de tener que dar de comer a una autoridad de tan elevado rango...

Mensaje de Francisco Ayala:

“No debo dejar de dar las gracias más efusivas, tanto a Carolina como a los demás participantes, por su presencia en este acto al que yo hubiera querido acudir si mi estado de salud me lo hubiese permitido. Todo lo que yo hubiera podido decir acerca de mi amistad y profundo entendimiento recíproco con Luis García Montero estaría de más para quienes los conozcan. Y desde luego, sobraría cuánto pudiera yo decir en elogio de un libro que tan halagüeñamente me concierne, pues ello resultaría obvio e impertinente dada la honda relación que nos une.”

En palabras del prologuista de *Los usurpadores*, F. de Paula A. G. Duarte:

“Doy por terminado con esto mi cometido.”

*Tres amigos en Madrid
y en Granada,
Carolina, Luis y Ayala...*

Para felicitar a Luis García Montero por su cumpleaños,
Carolyn Richmond le pidió a Juan Vida que preparase una edición especial
de ciertos recuerdos compartidos,
alguno registrado por Francisco Fernández en una fotografía
y otros escritos por ella. Así se armó este objeto en la imprenta granadina La Gráfica,
del que se entregan el día 5 de diciembre de 2012
cincuenta y cuatro copias al poeta celebrado, al amigo querido,
y otras diez se reservan para uso de la comitente.

Ejemplar Nº

61